





Escribe
Jorge Edwards

Paisaje con fantasmas med 125

El paisaje real, humano, se vuelve cada día más pobre. Aumentan, en cambio, los fantasmas, los pobladores de los espacios mentales, de los rincones de la memoria profunda. No me acostumbró todavía, después de años, a la ausencia de Cristián Huneeus, de Enrique Lihn, de muchos otros. Cuando regresó a Barcelona o al pueblo de Calafell, a la de Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, entre la legión de los desaparecidos. La muerte de Adolfo Couve, ahora, su terrible suicidio en la caserón de Cartagena, me deja pensativo, anonadado. La gente que debería estar se va, muchas veces por decisión propia, y la que debería irse, por lo menos a sus cuarteles de invierno, tiene la permanencia, la tenacidad de los monjes porfiados. Creo que es mucho castigo, que nos han hecho pagar nuestras culpas con excesivo rigor. Pienso, por otro lado, que la vida es siempre así, en todo lugar y toda época: una progresiva relación con fantasmas, con las huellas que han ido dejando.

No conocí ni traté mucho a Adolfo Couve. Yo estaba en Barcelona, o en el pueblo de Fort Collins, a los pies de las Montañas Rocallosas, o en Berlín Occidental, o en los alrededores contaminados del cerro Santa Lucía, cuando él pasaba por París o se refugiaba en Cartagena. Tuvimos encuentros escasos, siempre cordiales, amistosos, pero demasiado breves. Lo recuerdo partiendo siempre, con su gorra de capitán de barco, haciendo señas desde la distancia, añadiendo alguna broma, anunciando el vago propósito de encontrarse, de conversar con más calma. Claro está, pudimos dedicarle más tiempo, prestarle mayor atención, leer sus textos de un modo más detenido, y no creo que hubiéramos conseguido salvarlo. Couve pertenecía a la especie de los artistas solitarios, marginales, excéntricos, dotados de una clara vocación para colocarse en la penumbra. No digo la oscuridad. La penumbra es un lugar inter-

medio, que permite salir a la luz de cuando en cuando y en seguida replegarse. Cioran, en sus Cuadernos de publicación reciente, sostiene que los únicos escritores valiosos, los únicos que a él le interesan, son los de la penumbra, los que saben quedarse en una sombra relativa. Es posible que tuviera razón. Algunos soportan la luz de los reflectores mejor que otros. En todo caso, el reflejo, los ciclos de aislamiento y máxima concentración, son necesarios y no son en absoluto fáciles. El buen escritor suele ser un disipado con arranques de anacoreta, una contradicción ambulante. El público los ve en sus etapas de disipación e ignora el otro lado.

Por ahí se dice que Adolfo Couve estaba más cerca del siglo XIX que del presente, que su estilo está emparentado con el de Flaubert. Pues bien, el lenguaje de Flaubert, aun cuando cambiaba mucho entre un libro y otro, era incisivo, tajante, de aristas nitidas, cercano al epigrama, incluso a la sentencia moral. Los especialistas nos recuerdan siempre que era hijo de cirujano y que diseccionaba sus personajes con mirada clínica. La escritura de Couve, por el contrario, es más bien difusa, evasiva, huidiza. Siempre se nota su actividad paralela de pintor y su tendencia a diluir los contornos, a crear sensaciones, atmósferas. El estilo de Flaubert es de mármol o de piedra cincelada. El de Couve es de aire, de humo visto a la distancia, de manchas de colores. Lo que si observo en la obra de Couve, y lo digo sin mayores precisiones críticas, como simple impresión de lector, es un parentesco interesante, sugerente, con escritores chilenos que también fueron marginales, que se colocaron en forma deliberada, por gusto, por espíritu de contradicción, por lo que sea, fuera de las corrientes centrales de nuestra literatura: María Luisa Bombal, el Braulio Arenas de las novelas breves, el González Vera de *Ahué* y de *Vidas mínimas*, Federico Gana.

Es verdad, por otra parte, que en los textos de Couve encontramos a menudo algo así como un europeísmo anacrónico, que no es fácil definir. Estaba conectado de alguna manera, a través de vasos comunicantes profundos, con cierto romanticismo y con algunos franceses que cultivaron el género fantástico: Gérard de Nerval, Aloysius Bertrand, quizás Marcel Schwob. Los relatos de Couve transcurren en espacios ficticios, en épocas históricas más o menos indefinidas. Hay señoras enormemente atractivas, confirmadas, cuyas reacciones psicológicas no se alcanzan a entender por completo, que escapan a caballo o se encierran en enormes habitaciones, y que podrían salir de alguna "nouvelle" de Barbey d'Aurevilly. ¿Quién lee hoy día, en Chile o en Francia, a Gérard de Nerval, que se colgó de un farol a dos pasos del Palais Royal, a Aloysius Bertrand, al autor de *Las diabólicas*? Lo asombroso es que alguien todavía los lee, así como alguien seguirá leyendo las novelas de Couve: *El picadero*, *La lección de pintura*, *La comedia del arte*.

Leo en la prensa que Couve descendía de una familia francesa que escapó de la guillotina a fines del siglo XVIII. Es posible que aquí se encuentre una de las claves de su curiosa personalidad como artista. Muchos años después de la Revolución, los legitimistas, los partidarios del Antiguo Régimen, vivían anclados en el pasado. Sufrían de una nostalgia morbosa, pero muy creativa, que produjo páginas brillantes en la obra de Chateaubriand, de Balzac, de muchos otros. La literatura de Couve llena de imágenes posrevolucionarias, de evocaciones del arte del primer Imperio, de personajes románticos, es una literatura del anacronismo, del apasionado desajuste con el presente. No faltan motivos, desde luego, para vivir en el desajuste, en la inadaptación a los tiempos actuales. Ahora vemos que la presencia de Couve entre nosotros era una notable rareza, un lujo que sin duda no nos merecíamos.

La Segunda 13-III-1998 P.12	DIRECTOR: Cristián Zegers Arístida	EDITORA Servicios Informáticos Pilar Vergara Taglio	REPRESENTANTE LEGAL: Fernando Casterns Bravo	DIRECCIÓN: REDACCIÓN Y TALLERES AVDA. SANTA MARÍA 5542 FONO 3361111 (Mesa Central)
---------------------------------------	--	--	--	---

Paisaje con fantasmas [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Paisaje con fantasmas [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile